

VICO Y EL DESCUBRIMIENTO DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO

Fulvio Tessitore
(Accademia Nazionale dei Lincei)

RESUMEN: El Autor repropone aquí, por dos razones, el esbozo de una interpretación de la filosofía de Vico. Una razón, la de destacar el trabajo historiográfico de las ediciones críticas de las tres *Scienza nuova* (1725, 1730, 1744); y el otro motivo es la idea viquiana de la filología como ciencia: ciencia ética del comprender y no solamente instrumento ecdótico: *razonar qué hace Vico en sus textos*, para comprenderlos y así intentar comprender el significado que tuvo en su época y el papel que puede tener en la filosofía contemporánea.

PALABRAS CLAVE: Vico, *Ciencia nueva*, historiografía, filología, ética, conocimiento histórico, historicismo, modernidad.

ABSTRACT: For two reasons the Author proposes an interpretation of Vico's philosophy: 1) One reason is to highlight the historiographical work of the critical editions of the three *New Science* (1725, 1733, 1744). 2) The other reason is the Vichian idea of philology as a science: an ethical science of understanding and not only an ecdotic instrument; of *reasoning what Vico does in his texts*, in order to understand them and thus try to understand the meaning that those texts had in his own time. In addition, also try to understand the role it can have in contemporary philosophy.

KEYWORDS: Vico, *New Science*, historiography, philology, ethics, historical knowledge, historicism, modernity.

1No se busca en estas páginas una investigación rigurosamente filológica de un problema central de Vico y en Vico; lo que lo hace, sin sombra de duda, un gran filósofo de la modernidad, para nada un humanista tardío, si no se quiere decir «atrasado». No se busca todo esto, no porque no se deba legítimamente buscar y pretender para un trabajo sobre Vico, hoy, tras

Este escrito es una traducción española del dactiloscrito original en italiano que abrirá el próximo número 50 del *Bollettino del Centro di studi vichiani*, celebración de medio siglo de existencia del anuario. El texto ha sido ofrecido por el Autor en respuesta a una invitación previa de la Dirección de *Cuadernos sobre Vico*, y su traducción está autorizada por la dirección del *Bollettino*. Al provenir de la prestigiosa revista napolitana en donde saldrá publicado en el volumen correspondiente a 2020 el texto italiano, el artículo se ofrece sancionado con todos los requisitos de calidad científica exigibles para su publicación en *Cuadernos sobre Vico*, propios también del *Bollettino*, además –y sobre todo– de la reconocida máxima autoridad de su Autor.

la gran estación del viquismo «crociano» al que se debe el verdadero descubrimiento historiográfico de la «grandeza» de Vico, de la «modernidad» de su pensamiento, cuáles han sido las «formas» y los «modos» de su reflexión, de su hacer ciencia y filosofía. No se busca eso porque estas páginas quieren ser, deliberadamente, una ocasión para coagular algunas reflexiones que descienden de una antigua constante investigación sobre Vico, un autor determinante en mi reflexión.

Sobre los autores clásicos asumidos en la estructura sustentante de la propia investigación histórica e historiográfica no es preciso extender largas y compactas monografías, debidamente plagadas de citas y documentaciones —como sucede en toda investigación científicamente rigurosa—, porque, en tales casos, el largo estudio constante, casi la filigrana de cualquier otra investigación, no pide, para explicarse, tal obligada modalidad de escritura. Se trata, en efecto, del continuo apuntar en el propio y cotidiano diario de a bordo las notas de las curvas de la propia reflexión, articulada también sobre investigaciones de otros autores no consustanciales a la propia investigación. En una palabra, en el caso de Vico no se trata de un «objeto» de estudio, sino más bien de un «sujeto», que quien lo ha estudiado constantemente encuentra para aclarar sus propias ideas, y que se convierte, en fin, en una de las capas intermedias del proceso, de la circulación de las propias ideas.

¿Quiero quizá decir con esto que las pocas reflexiones siguientes no quieren constituir observaciones fundamentadas sobre Vico, un clásico tan estudiado y a menudo interpretado como para devenir «objeto» de estudio riguroso? No. Absolutamente no. Es cierto que esta que sigue quiere ser una pequeña contribución historiográfica a la comprensión de Vico. Pero su dimensión, puedo decir metodológica y lógica, es distinta, porque la contribución historiográfica es también una contribución de teoría personal, que se vale de Vico como del clásico que ha permitido que coagulara esta quizá pequeña ocasión de reflexión teórica mía sobre el conocimiento histórico, del mismo modo que otras más amplias, cuando no también más comprometidas. En suma, estas páginas sobre Vico han razonado, y quizá conseguido, el nexo historia-historiografía, hasta el punto de ser una contribución a la crítica de mí mismo.

2. El problema es éste: la modernidad de las ideas viquianas sobre el conocer histórico es tal en cuanto, con anticipado historicismo (y con ello no

quiero retomar, ya con una inaceptable repetibilidad, la imagen del Vico precursor), el pensador napolitano intuyó y teorizó completamente —o sea, pasando de la intuición a la comprensión— que lo *proprium* del conocer histórico es ser un conocimiento ni absoluto (o sea, con pretensión de exhaustividad) ni absolutizante (con la pretensión de evitar, incluso sustituir otras formas limitantes de conocimiento), en cuanto comprendió aguda, lúcida y originalmente que la historia, incluso en su totalidad, no es, no tiene nada de absoluto: es algo relativo (en el sentido de relacionante), porque con respecto a la absolutez del Dios creador es la identificación de la relatividad de la vida histórica, de la vida de los hombres de carne y sangre, de hombres conscientes de gozar de una existencia limitada —en cuanto dada, no originaria—, de ser, en palabras de Piovani, «dispuestos, no deseados», que no han podido *quererse*, siendo realmente por su naturaleza constitutiva «*querientes*». Por esto Vico es un filósofo moderno, el más moderno de los filósofos modernos, el «fundador» del conocimiento histórico (no estoy diciendo de la historia), de una forma de conocimiento como «ciencia nueva»: él mismo lo dijo conscientemente para definir *el conocimiento nuevo de la historia*; no porque antes no existiese la narración de la historia, sino porque con Vico la historia es identificada y reconocida como «comprensión» (*Verstehen*). Ya no es, pues, sólo narración, sino comprensión como una de las formas de conocer la vida en su complejidad, con plena cognición y consciencia de todas las *anfractuosa vitae*, ninguna excluida.

Por esto Vico ha sido un filósofo ignorado —no estoy diciendo desconocido, estoy diciendo no comprendido— en su época; por esto la retardada estación de su comprensión debió esperar, cuando la práctica del conocer, que él había identificado racionalmente en la especificidad de su modernidad, resultó ser cotidiana experiencia de vida y de comprensión de la vida. Lo que permite hasta entender el «tópico» del Vico *precursor*, así advertido incluso por quien negaba la imagen como de una piedra errática entre las ondas de un tiempo que no era el suyo, porque no lo comprendía, no conseguía formar parte del mismo. Y entonces el «descubrimiento» de Vico filósofo moderno, que anticipa, esta vez sí, la conquista consciente de la rigurosa cognoscibilidad típica del moderno, se da cuando se torna finalmente claro el criterio, la estructura sustentadora de la historiografía, la cual, no por casualidad, es ciencia moderna, «ciencia nueva» típica de la modernidad, no «crónica», no «relato», sino *ciencia de la historia*, o sea, historiografía.

Sin embargo, no quiero ir más allá en esta línea, sino sólo observar cómo cuanto hasta aquí se ha dicho justifica mi empeño en realizar un proyecto de mi maestro, que hablaba de la necesidad de conseguir una «edición nacional» de Vico para inutilizar las discusiones sobre su pensamiento anticipado y leerlo finalmente en sí y por sí. He mantenido que esta edición podría, debería ser nacional en cuanto *edición crítica*.* La edición crítica, en efecto, para restituir las páginas de Vico en su buscada noble forma de prosa severa y original, es lo que garantiza no sólo la legibilidad segura, conseguida ya desde las iniciativas, nunca suficientemente alabadas, de Croce y del empeño ecdótico de Fausto Nicolini, sino alguna otra cosa, si no más: la definición de Vico en su tiempo, estudiado *en* y *con* problemas de su tiempo, y sin embargo innovados hasta ser transformados como levadura de una *ciencia nueva*, de tiempos nuevos. En suma, digámoslo de otro modo, de tiempos que habrían sido otros que los de Vico. Lo que significa que Vico, como cualquier otro autor, se estudia con plena y rigurosa cognición filológica de sus pensamientos en la época que fue la suya propia, y además, como pasa con todos los autores que soportan la pesada definición de ser clásicos, en lo que se deriva de él en su y con su diversidad. Vale decir que Vico, como todos los clásicos, se estudia por lo que ha dicho y en lo que de él ha sido metabolizado por otros clásicos; cualquier cosa que, por usar una fórmula, no es de Vico, mientras sí sea de matriz viquiana.

3. Quien ha tenido el honor y la responsabilidad de poner en marcha el proyecto, planteado solícitamente por su maestro, de promover una edición crítica de las obras de Vico, o, queriendo ser prudentes, al menos una edición que pusiese, con rigor exegético y ecdótico, el punto sobre dos siglos de ediciones de las obras del gran filósofo napolitano, no puede dejar de sentir una legítima satisfacción al constatar que, en treinta años, hasta ocho volúmenes, del Vico «latino» y del Vico «italiano», han visto la luz y ya constituyen un necesario, imprescindible instrumento para quien quiera hacer un trabajo de interpretación, de edición o de traducción de los escritos de Vico. En tal contexto, de particular significación es la aparición de la *Scienza nuova* de 1744 a sólo ocho años de distancia de la edición crítica de la *Scienza nuova* de

*. Cf. FULVIO TESSITORE, «La edición crítica de Vico y, en especial, de la *Scienza nuova* 1730 y de la *Scienza nuova* 1744», *Cuadernos sobre Vico*, 30/31 XXV Aniversario, 2016-2017, pp. 401-410. [N.T.]

1730, a manos de los mismos editores, Paolo Cristofolini y Manuela Sanna, y de otra edición, la de la *Scienza nuova* de 1725, que será publicada en breve y editada por Enrico Nuzzo. La edición crítica sirve para poner delante a Vico y delante de Vico sus textos, con la posibilidad de suministrar la prueba textual de las hipotéticas «cuatro épocas» del «historicismo absoluto»: Vico, Kant, Hegel, Croce. Una opción, tanto explícita como implícitamente, teorizante para dominar y condicionar buena parte de las lecturas de Vico a principios del siglo XX y más allá, hasta los umbrales del «nuevo curso», que importaba a la fuerza teórica y a la perspicaz escrupulosidad historiográfica de Piovaní. En tal contexto, el «recorrido» del historicismo idealista y de sus ideas en cuanto a la relación entre filosofía y ciencia en el mundo moderno—basado en una definición «cúspide» del pensamiento de Vico, que habría estado preocupado, si no ya antes desde el *De antiquissima* en adelante, por aclarar y resolver el único gran problema de lo «verdadero» y de lo «cierto», distintos y conectados al definir el significado del conocer humano respecto al divino— ha condicionado no sólo la interpretación filosófica, sino también la aproximación a los textos de Vico y su presentación al lector interesado. El cual no podía dejar de ser «ayudado» en la difícil aproximación a la página viquiana, si esta, con su abstrusa elegancia, le fuese presentada dividida en párrafos y «enjuagada» manzonianamente en el Arno, en cuanto a puntuación y a modalidades de escritura similares.

La misma búsqueda de las fuentes de Vico asumía una significación distinta, ya sea permaneciendo en el interior del movimiento «cuspidal» hacia la obra mayor, ya sea dirigida hacia la frenética búsqueda de las obras que Vico había o no había leído, ya sea hacia la otra identificación conectada de las obras de Vico que habían sido o no leídas; mientras habrían debido ser leídas para atribuir al napolitano cuanto le era reconocido con honestidad intelectual y sin caer en plagios inconfesados. Se ha tratado sobre la identificación de los «contemporáneos» de Vico, como si fueran los hombres que compartían con él la misma época, o los hombres de una época antigua y pasada, o los hombres de los tiempos futuros; en síntesis, una «contemporaneidad» no histórica, sino ideal, como si no tuviese la determinación cronológica. Problemas aparentemente alejados de las exigencias, de las preocupaciones, de la tarea de una edición crítica, pero no es así; al contrario, es un obligado empeño científico de riguroso hermeneuta poner ante los ojos de los lectores viquianos la página tal como fue escrita y pensada por Vico, incluso con sus

movimientos gráficos y simbólicos, con su aspiración pedagógica de ser «vista» casi como parte de una serie de «*tabulae pictae*» no distinta de la de la lengua utópica del XVII, que ciertamente interesó al Vico «barroco».

Y esta ahora ya reclamada semejanza no es divagación, sino posible sugerencia interpretativa, si se considera, sin enfatizaciones e inútiles búsquedas de guardadas intenciones, la preocupación constante y, desgraciadamente (por dificultades económicas y miserias de fortuna), la pocas veces satisfecha aspiración a poder gozar de una publicación elegante, no limitada a contener en librillos de pocos centímetros y en páginas de diminutos caracteres casi ilegibles reflexiones apasionadas como aquellas «sobre las cuales razonó su última obra de la *Scienza nuova*, la cual probase que tal y no otra habría debido ser su vida literaria».¹ Precisamente con ocasión de este último empeño, él la describe dividida entre orgullosas aspiraciones dirigidas a los reconocimientos, deseados, debidos y no obtenidos, y la cruda consciencia de la aspereza de la vida vivida.

«Y, como se ve, la escribió como filósofo; en la medida en que meditó sobre las razones tanto naturales como morales y sobre las ocasiones de la fortuna; meditó sobre las que tuvo desde niño, o inclinaciones o aversiones más hacia unas especies de estudios que hacia otras; meditó sobre las oportunidades o sobre las travesías donde hizo o retardó sus progresos; meditó, finalmente, sobre ciertos esfuerzos suyos, sobre ciertos derechos suyos, que luego le habían permitido disfrutar de los resultados de las duras dificultades que le costó la investigación de veinte años».²

El pasaje autobiográfico *suministra la plena consciencia de la poderosa síntesis entre ideal y real*, compuesta por la genialidad de Vico en la concretísima, no reductivamente empírica, historicidad de la utopía concreta. La que, precisamente, me parece la figura central de su meditación, que la educación crítica permite identificar por el gusto de entender una de las más relevantes e incisivas experiencias de pensamiento de la modernidad, siguiendo la compleja historia del proceso de secularización de la razón crítica a través de las reflexiones diversas y conectadas de un Leibniz y de un

1. *Vita di Giambattista Vico scritta da se medesimo*, en G. VICO, *Opere filosofiche*, ed. a cargo de P. CRISTOFOLINI, Sansoni, Florencia, 1971, p. 44.

2. *Ib.*

Vico, de un Hume y de un Kant, sobre la identificación de los límites de la razón fundadora los revolucionarios principios de la individualidad, de la relatividad, de la probabilidad, de la posibilidad, de la indeterminación. Es decir, que la traducción de lo moderno en la pluralidad de los «modernos», constitutivamente lejanos y opuestos a las chácharas de lo «postmoderno», del «fin de la historia», del fatal «derrumbe tras la civilización», y de similares ideas peligrosas del «poder constituyente» no son una terapia sino un aspecto de los escombros del «siglo breve», con su revolucionaria despedida de cualquier totalista, totalitario, dogmáticamente metafísico y ontológico principio de lo absoluto (ya sea filosófico o ideológico, pero siempre pseudohistórico).

Entonces ¿en qué sentido, ante la edición crítica, las *SN* del 30 y del 44 son leídas en la reencontrada autonomía, sin perder su fundacional conexión?

4. El «bloque» de las *Scienze nuove* es el de la progresiva madura formulación del problema que Vico advierte, en realidad a partir del cambio de los años veinte del siglo XVIII, relatados en el otro poderoso «bloque» de la *Sinopsi*, del *De uno*, del *De constantia* y de las *Notae* relacionadas; otro conjunto de agudas y continuas reflexiones.

Si esta fuese la sede y la ocasión oportuna para escribir la historia «externa» de las publicaciones de la *Scienza nuova* en sus tres redacciones, sería preciso no descuidar la demasiado maltratada edición de Ferrari —llena también de las resonancias e intuiciones de una de las agudas inteligencias del XIX— y no dejar de subrayar la no admitida, y mucho menos discutida, sugerencia de Ferrari de identificar, como él lo hacía en preciosas notas en su edición de la primera *Scienza nuova*, la recurrencia de los temas y cuestiones afrontadas en el «bloque» del *Diritto universale*, retomadas y rediscutidas en la última obra, analizando también aquí una afirmación de Vico. Se trata de la página añadida en 1731 a la *Vita*, en la cual se dice que del *Diritto universale*, «puesto que es un esbozo» de la última obra, se conservan, a falta de una reescritura completa, «dos lugares».³

Esto indica que un problema muy importante del «esbozo» está en el origen de la *Scienza nuova*. La cual —esto también lo confirma— no es la expresión del cansancio del filósofo que, poco antes, había vivido con plena

3. *Ib.*, p. 50.

consciencia y participación final uno de los momentos desordenados de los ambiguos tiempos modernos en su Nápoles, los del difícil paso de «reino gobernado en provincia» a reino autónomo; ni es la pacificante solución de un pensamiento centrado en el individuo, buscando un fundamento de este que, universalizándolo, no por ello lo absolutiza en una confiada «yoidad» perdiendo la limitación: él es un pensador demasiado profundamente histórico para atribuir al individuo singular la seguridad de la salvación, no previsible ni siquiera por la humanidad entera.

Si esto fuese posible —y Vico lo entendía bien— lo sería al solo precio de anular la búsqueda de la ecuación entre hombre e historia, sin cuya racional coexistencia la historia no sería más que una teleología determinista y el hombre no sería una persona de carne y sangre sino una figura y una medida de la manifestación del Ser, una esencia sin existencia. Precisamente al contrario de lo que se afanaba en fundamentar la filosofía viquiana, la cual, no es casual que identificando el espacio de la naturaleza junto al de la historia, del «sentir» junto al del «razonar», del «conocimiento sin reflexión» junto a la consciencia racional, de la «metafísica fantástica» junto a la «metafísica «razonada», procuraba investigar, vigilar, comprender la complejidad de los ineliminables *incommoda* y *anfractuosa vitae*.

5. Me limito aquí sólo a algunas observaciones parciales, partiendo de la idea viquiana de la «Fantasía».

«La fantasía no es sino un *brote de reminiscencias*, y el *ingenio* no es más que el *trabajo en torno a las cosas que se recuerdan*. Ahora bien, dado que la *Mente Humana* de los tiempos que razonamos *no estaba agudizada* por el verdadero *Arte de escribir*, ni *espiritualizada* por *Práctica alguna del cálculo y de la razón*, ni hecha *abstracta*, por tantos *vocablos abstractos* en los que ahora abundan las *Lenguas [...]*, ella ejercía todas sus fuerzas en estas *tres bellísimas facultades*, que le provienen del *cuerpo*; y las tres pertenecen a la *primera operación de la mente*, cuyo *Arte regulador* es la *Tópica*, al igual que el *Arte regulador* de la segunda es la *Crítica*; y como esta es el *Arte de juzgar*, así aquella es el *Arte de descubrir [...]*. Y, como naturalmente primero es el *descubrir*, después el *juzgar* las cosas, así convenía a la *Infancia del Mundo* ejercitarse en torno a la *primera operación* cuando el mundo

tenía necesidad de todos los *descubrimientos* para la *necesidad* y *utilidad* de la *vida*.»⁴

A la luz de cuanto ha dicho Vico, creo que se puede y se debe precisar el significado atribuido por él a la razón, entendida como razón histórica, no racionalista, pero sí racional, porque la investigación viquiana, que servía contra la absolutización de la razón, servía también para reconocer la absolutización de lo humano, con sus límites: la fantasía poética para Vico implica el *hacer*, el cual, a su vez, es también el inicio del proceso que va del *hacer* al *verificar*, que sirve para «descubrir la *razón del hacer*».

Vico es, pues, racionalista en cuanto sostenedor de la *razón de la historia* (que es la palabra de la vida del hombre en cuanto histórico); pero aún no es ilustrado, en cuanto a que en su discurso el centro no es la razón, sino el sujeto de la razón: sin hombre no existe esa razón que sirve al hombre para que adquiera conocimiento de sí en cuanto existencia cierta del tener su propia historia. Es decir, se trata de una filosofía antropológica que esclarece la definición que Vico da de su filosofía como «Teología civil razonada» de la «providencia de las cosas humanas», de la cual deriva la que él llama *historia ideal eterna*.

La filosofía de Vico es, por tanto, la filosofía del límite de la razón y de la naturaleza del hombre, ambas razones históricas, no absolutas, como sucede en Dios. Y entonces, la primera cuestión que se propone es: ¿cuál es el *límite* de esta razón? La reivindicada centralidad de la «providencia» y de la eternidad indica que el límite es el descubrimiento de la *posibilidad* de la absolutización del hombre, incluso teniendo una existencia creada, no un existir originario.

Se trata de un *límite*; pero en el sentido de una condición que puede garantizar la *absolutización* (no la originaria absolutez) del hombre, que rescata la propia y originaria *dación* a través de las operaciones racionales del binomio *hacer-verificar*, en el cual se transfunde lo *verdadero*, que no es sólo el *hacer*, sino que permite aprehender la racionalidad. Y aquí está la absolutización del *hacer*, pero también el *límite* de esta absolutización en cuanto función de lo absoluto, que no tiene en sí mismo un límite cognoscitivo. Nace, entonces, el problema de los orígenes: origen como consciencia

4. G. VICO, *La Scienza nuova* 1744, ed. a cargo de P. CRISTOFOLINI y M. SANNA, Roma, 2013, p. 229. De ahora en adelante: *Sn44*.

de la *dación* para rescatar, que es una posibilidad (aceptar o no aceptar la posibilidad del rescate); y, por consiguiente, una *humanidad como posibilidad*, que significa *dación*, pero además «superación» de la *dación*. Lo que quiere decir que este *origen* es consustancial para el hombre; no es pre-humana, es la posibilidad de conseguir la humanidad como existencia consciente, querida, no sobrevenida: por eso siempre lo acompaña el riesgo de recaer en la bestialidad rescatada. Se podría decir que este «origen» es algo mítico, pero siempre distinto del *Ur* de otras y sucesivas consideraciones sobre el origen: podríamos sostener que en Vico el origen es *Entstehung* y no *Ursprung*.

¿Existe quizá un mundo de las naciones sin el hombre? Un problema que siempre se queda en el fondo y es enunciado por Vico en la que él llama «metafísica poética»: donde la *verdad*, que es la verdad de la historia, es la limitación del *hacer* del hombre que debe adquirir lo *verdadero*. En tal sentido, se trata de un origen supremo, que se desarrolla y realiza en un proceso dual —y esto también implica un límite, en cuanto que no es fundador, sino fundado por la divinidad que es, existe en sí y por sí, por tanto sin necesidad de *desarrollo* en sentido constitutivo (es porque es, sin tiempo), que no es del hombre porque sólo en el desarrollo histórico él realiza *su naturaleza*, que es *naturaleza de las cosas*, no naturaleza del Ser, el cual, como se ha dicho, no necesita desarrollo—. Yo creo que es el descubrimiento de la historia, no por casualidad dual (*res gestae e historia rerum gestarum*), a diferencia de la divinidad, que para ser no deviene, no necesita de desarrollo como la historia, la cual es, por consiguiente, *eventualidad* —y es el gran descubrimiento de Vico— sólo del hombre, que la crea y por eso la conoce, y es, en cuanto tal, *simul Dei*.

Debo añadir todavía algo, que podré hacer declarando mi consenso con lo que Giuseppe Cacciatore ha escrito recientemente a propósito. Me importa decir aquí que, a partir de las tantas veces subrayada dualidad nace, por muchos lados, la compleja y articulada historia de la «fortuna» o el «infortunio» de Vico.

Una gran interpretación es la de Croce, que sostuvo que la determinación de la dualidad del conocimiento (conocimiento de Dios y conocimiento histórico) es el problema y el *límite* de Vico, que todavía no se ha resuelto como lo resolvió Croce, en un «historicismo absoluto», que debe superar los límites de la razón, reconocidos incluso por Kant y por los ilustrados, contra los que Vico se habría erigido potente y prepotente. A mi entender, al

contrario, no se olvida que el problema para Vico no es *superar* el límite, sino *razonar* el límite, descubriendo en ello el «sentido» y la «función». Por eso nace con Vico (como nació) la *nueva ciencia del límite*, o sea, un «historicismo crítico y problemático», pero no absoluto, nunca absoluto, que pueda ser sólo de Dios, y no de quien es «similar» a Dios. Que es la dimensión histórica de esa que Piovani llamó «la filosofía nueva» de Vico, de la cual él dio grandes anticipos, desgraciadamente sólo parciales, porque la muerte precoz le cortó la posibilidad de escribir el libro sobre Vico que, justamente, habría querido titular *La filosofía nueva de Vico* —haciendo una referencia evidente a la *Scienza nuova*—.

Cacciatore mostró lúcidamente cómo esa que él llama «la estructura narrativa de la mente humana y del mismo ser originario del hombre, en Vico no tiene la característica de la sectorialidad, sino que se muestra lógica e históricamente conectada a un proceso de larga duración en la milenaria formación misma de la civilización humana». Por esta vía se entiende cómo «el complejo de la facultad imaginativa» constituye para Vico

«el vehículo privilegiado a través del cual es posible un acceso interpretativo privilegiado *al oscuro origen de la historia*, pero también a la comprensión filosófica de los modos de funcionamiento en la mente de su relación con la realidad del mundo histórico». ⁵

6. Repensando en 1744 sobre uno de los «elementos» de 1730, Vico, que está razonando con insistencia sobre la «*Naturaleza de las cosas*» —anticipando casi la *Natur der Sache* de la *Spat-Aufklärung* con la carga de la advertida y urgente historicidad de la filosofía y de la ciencia—, escribe las solemnes «dignidades» IX y X:

«Los hombres que no saben lo *verdadero* de las cosas, procuran atenerse a lo *cierto*, para que, no pudiendo satisfacer el *intelecto* con la *ciencia*, al menos la *voluntad* repose sobre la *conciencia*.

La *Filosofía* contempla la *Razón*, de donde surge la *ciencia* de lo *verdadero*; la *Filología* observa la *Autoridad del Albedrío Humano*, de donde surge la *Conciencia de lo Cierto*.

5. G. CACCIATORE, «Vico, narrazione storica e narrazione fantastica», en *Il sapere poetico e gli universali fantastici. La presenza di Vico nella riflessione filosofica contemporanea*, a cargo de G. CACCIATORE, V. GESSA-KUROTSCHKA, E. NUZZO, M. SANNA, Guida, Nápoles, 2004, p. 129

Esta dignidad en su segunda parte define como *Filólogos* a todos los *Gramáticos, Historiadores, Críticos*, que se ocupan del conocimiento de las *Lenguas* y de los *Hechos de los pueblos*, tanto en *casa*, como son las *costumbres* y las *leyes*, cuanto *fuera*, como son las *guerras, las paces, las alianzas, los viajes, los comercios*.

Esta misma dignidad demuestra que *les ha faltado la mitad*, tanto a los *Filósofos*, que no acertaron *sus razones con la autoridad de los Filólogos*, como a los *Filólogos*, que no cuidaron de verificar su *autoridad con la Razón de los Filósofos*; lo cual, si lo hubieran hecho, habría sido *muy útil a las repúblicas* y nos habrían *precedido* en meditar *esta Ciencia*.»⁶

Así se retoma aquí un tema y una conclusión del *Diritto Universale*, traduciéndolo en la finalmente madurada convicción de la historicidad de la filosofía, que no puede hacerse sin la filología, como esta sin la otra, en cuanto a que a menudo entre ambas ciencias, una de la «razón de las cosas», la otra de la «naturaleza de las cosas», se entrelazan algunos instrumentos no sólo de método, sino de conocimiento, o sea, medios y fines en función de la construida razón y realización responsable del pensamiento y de la acción: ciencias duales pero pensadas unitariamente. Con lo que se comprende la siempre discutida pero nunca resuelta —porque es irresoluble— dualidad de la vida, que Vico estudia fatigosamente; y se entiende la diferencia que él establece entre la «metafísica de los filósofos» y la advertida profundidad del lenguaje de las «palabras heroicas» en los orígenes de la humanidad de las gentes. Porque el lenguaje, consustancial a la civilización en sus varias formas —de las lenguas mudas al lenguaje poético y en adelante— es sólo medio de comunicación, no sirve sólo al realmente fundamental diálogo que venció a la muda barbarie, sino además al descubrimiento, fundación y consagración de la alteridad constitutiva del hombre, desde el momento en el que bodas, tribunales y altares «dieron a las bestias humanas el rasgo de ser piadosas». ⁷

La *piedad*, gracias a la «*Providencia para el orden de las cosas civiles*», como «teología civil razonada», ha movido a los hombres hacia la *virtud* razonada en «*esta Ciencia*», que lleva «indivisiblemente hacia el *Estudio de la Piedad*; y que, si no se fuese *pío*, no se puede verdaderamente ser *sabio*»: ⁸ que quiere decir *orden*, en cuanto que la *piedad* viquiana

6. *Sn44*, p. 62.

7. U. FOSCOLO, *I Sepolcri*, en ID., *Opere scelte*, vol. II, Fiesole, 1835, p. 46.

8. *Sn44*, p. 346.

expresa el amor de Dios por los hombres y, transitivamente, de los hombres entre sí.

Con la última reflexión Vico se convenció de haber comprendido y mostrado qué significa el hasta ahora ausente conocimiento de la unidad-división entre la filosofía «*in naturis rerum*» y la filología «*in originibus verborum investigandis*», con la consecuencia de que «*philosophia, ac philologia, quae ab heroica lingua geminae ortae erant, lingua vulgari distractae*».⁹ Esto permite asignar un nuevo significado (una significación histórica en el sentido de lo que es propio de la vida) a la unidad del mundo humano. Un mundo que no puede dejar de ser considerado privado de unidad, pero sin que tiene una homologación o se lamenta la ausencia de esta, porque se trata del mundo histórico, ese en el cual «*homo est artificiorum deus*», un mundo no concebible (como a veces se pretende creer) sin dificultades, divisiones, distinciones. En el que se entiende otra dualidad diferente de la unitaria reflexión de Vico, donde se refugia su auténtica duda de creyente no temeroso ni sordo a la impía libertad de los ateísmos, sin negar su cristiandad o encontrar confirmación de su insuperable tradicionalismo de platónico tardío. Me refiero a la distinción entre la historia sagrada del pueblo elegido, que había rechazado la universalidad del Evangelio de todas las gentes para no ser abandonado por Dios, y la historia «de la gentilidad», que, por haber roto la originaria armonía, descubrió la variedad y multiplicidad de las cosas y, con estas, la perversión de las «inmensas fieras», a superar buscando no el orden perdido y ahora ya no encontrable, sino un refinamiento distinto, el del orden extraordinario de las cosas en la unidad social de la tortuosidad e incomodidad del mundo moral; el de la libertad del hombre «*deus artificiorum rerum*», del cual nacen las formas originarias del *posse* (el acto de afirmación del ser), del *nosse* (el acto con el que se conoce la verdad), el *velle* (el acto con el que se quiere el ser y la verdad), traducido en el *dominio* (el prudente destino de las cosas) y en la *tutela* (la fuerza regida por la virtud), en la que se sustancia la *autoridad*. Que para Vico significa «*nostrae humanae naturae proprietas*», es decir, la afirmación de nuestra libre personalidad, porque la *autoritas* (que Vico escribía sin la c) deriva de «*autós*», lo que hace al hombre libre del peso de las cosas

9. *Notae in Librum alterum*, XXXVIII, 33, en *Opere giuridiche* de G. VICO, ed. a cargo de P. CRISTOFOLINI, Firenze, 1974, p. 771.

exteriores haciendo de la «personalidad» algo verdaderamente nuestro, «*ex quo homo dicitur 'suus' proprius*». ¹⁰

Bajo todo esto está, apenas escondida, la genialidad del platónico tardío, que no conocía el inglés y estaba preocupado por los abismos escondidos en las exterminadas antigüedades de las naciones y contrario al «alargamiento» de los tiempos de la historia, opciones destinadas a garantizar la verdad de la historia sagrada, que, sin embargo, como se ha visto, era *una* de las historias humanas. Estas servían también para evitar la homologación de las gentes en una común naturalidad, en detrimento de la espiritualidad humana, cuya filosofía no es la de la naturaleza, sino la de la cultura (incluso de «cultura de los primitivos», con tal que fuese «cultura» y no disimuladas nostalgias reaccionarias y complacencias decadentes de «sociedades estéticas»), la cultura de «este mundo de las naciones, o sea, mundo civil» del cual solamente los hombres, que son sus artífices, pueden «conseguir la ciencia». ¹¹ A propósito de la cual el Vico temeroso de la *piEDAD/sabiduría* sabía, si no desafiar, rozar la impiedad (compañía inseparable en la historia de la piedad). Lo que sucedía de nuevo en razón del lenguaje, porque era imposible negar la diferencia entre la divina onomatesis y el hablar fantástico de las lenguas del género humano.

Quizá, vistos desde aquí, los «recorridos» viquianos son sólo el producto de la descontextualización de sus problemas, proyectados fuera de su tiempo, que sólo permitía el «*nova scientia tentare*»; y la «soledad», que tanto lo atormentaba en su miseria de pobre profesor de elocuencia, no era otra cosa que la grandeza, difícil de entender y, por ello, desconocida, de quien no refundaba una nueva ciencia de la naturaleza, sino que daba voz a una ciencia revolucionaria —la «ciencia nueva de la historia»—, consciente de la crisis también de la razón absolutizada en la absoluta categorialidad de los axiomas matemáticos, sobre cuya consistencia metafísica era experto como pocos desde los tiempos del *De antiquissima*.

Si he cedido a proponer, o reproponer aquí el esbozo de una interpretación de la filosofía de Vico, lo he hecho al menos por dos razones.

10. Id., *De constantia iurisprudensis*, ib., IV [3], p. 411.

11. *Sn44*, p. 87.

La primera y principal es rendir homenaje a aquello que permite a una edición crítica que proponga, como esta nuestra, en su originaria configuración, la prosa de un pensador originalísimo. A tal propósito no puedo dejar de recordar cómo el largo trabajo de estas ediciones ha venido acompañado por la colaboración de la «Fundación Pietro Piovani para los estudios viquianos» (presidida por mí desde su constitución en 1982), que ha conseguido muy cuidadas impresiones facsímiles de los «códices» viquianos de las “*Ciencias nuevas*”. No menos significativo ha sido el editar, como hice en el 2000, con la colaboración de Manuela Sanna, un denso volumen que, por primera vez, ha publicado seguidas las tres *Scienze nuove*: 1725, 1730 y 1744.

La segunda razón de la elección consumada aquí por mí sirve para subrayar, una vez más, cómo también el trabajo de una edición crítica es un trabajo de historia, de historiografía, según la idea de la filología como ciencia, ciencia ética del comprender y no solamente instrumento ecdótico. No por casualidad, el trabajo del «Centro» viquiano napolitano (como a mí me gusta llamarlo aún), especialmente a partir de los años de mi dirección, que han sido los del fiel logro de una gran intuición de mi Maestro, ha estado caracterizado no sólo por cultivar la fortuna de Vico (el primer tiempo del programa de Piovani), sino por entender esta «fortuna» o «infortunio» como expresiones de un mundo nuevo, efervescente de novedades que a veces difícilmente conviven entre ellas o incluso son contradictorias, como es propio de las edades «conflictivas» por el choque, nunca pacífico o pacificador, de lo nuevo. Se trata de una edad cuyo carácter es el «desencanto», que comprende «secularización» o racionalización», según el criterio del historicismo (incluso el «historicismo» de Vico, que escribo entre comillas), o sea, lo opuesto al racionalismo —como a menudo no se ha entendido, por un estudio superficial del mismo—, que es nexo de razón y de historia, ninguna de las dos enfatizadas, absolutizadas, sino leídas ambas desde el historicismo como «relacionantes», relativas en cuanto no absolutas, como no puede ser de ninguna relación, dual y no monística por definición.

Concluyo, por tanto, advirtiendo y lamentando la reiteración al sostener que la lógica de Vico no es precursora, sino pionera; espigando algunas citas inexactas como le sucede a quien no ha leído al clásico, que reclama sólo para dar un toque de nobleza a sus propias elucubraciones: es verdaderamente un singular y peligroso anacronismo pensar en estudiar a Vico desde una mera óptica de pensamientos.

Ante tales entusiastas «descubrimientos» la novedad está en razonar qué hace Vico en sus textos, para comprenderlos y así intentar comprender el significado que tuvo en su época y el papel que puede tener en la filosofía contemporánea; a condición de saber extraer de ella (y no olvidarla nunca) su histórica situacionalidad.

Hacerlo de otra manera significa caer en un juego insulso, el contrario del *trabajar por tu cuenta*, que es advertir la vocación, respetar la tarea como deber ético del investigador responsable, que sabe que la filología es la estructura de la ciencia ética de la historia, esa que permite reivindicar la responsabilidad del investigar. Sé bien que este es un *difícil quehacer*. Pero sé igualmente bien que este es el *hacer* de la investigación, el *fare-verare* de Vico.

[Traducción del italiano por Miguel A. Pastor Pérez]